

PRÓLOGO

«Je me vois, à Braşov, dans cette maison juchée sur la colline,
je me vois plongé dans la vie des saints!».

CIORAN, *Cahiers*, p. 967.

Cioran escribe *Lágrimas y santos* entre 1936 y 1937, durante el año que pasa en Braşov como profesor de filosofía y lógica en el actual Colegio Nacional Andrei Şaguna. El nombre de Cioran era por entonces conocido. Su primer libro, *Pe culmile disperării* (*En las cimas de la desesperación*), había aparecido en 1934, tras obtener el premio que la Fundación para la Literatura y el Arte Rey Carol II comenzaba a otorgar ese año a jóvenes autores inéditos.¹ Su segundo libro, *Cartea amăgirilor* (*El libro de las ilusiones*), se había publicado en mayo de 1936, y *Schimbarea la faţă a României* (*La transfiguración de Rumanía*) lo haría a finales de ese mismo año. Por lo demás, desde 1931 sus fulgurantes ensayos habían ido sembrando las páginas de algunas de las publicaciones más importantes de la época, como el diario *Vremea*.

A su llegada a Braşov, pocos días antes de dar comienzo el curso, Cioran se instala provisionalmente en el hotel Co-roana, alquilando poco después una habitación separada en la planta baja de una villa situada en Livada Poştii, entonces propiedad del poeta tradicionalista Ioan Alexandru Bran-

1. Ese año reciben también el premio *ex aequo* Eugen Ionescu (Eugène Ionesco) y Constantin Noica.

Lemeny (1886-1954), quien en 1916 había publicado un poemario curiosamente titulado *Lacrimi și clocot (Lágrimas y agitación)*. Una cama, un armario, una mesa y un par de sillas componen el mobiliario del cuarto. En una de las esquinas, una estufa de leña. Las ventanas dan a los jardines y a las montañas. Desde allí Cioran contempla el paisaje, enfrentándose diariamente a ese abeto que se yergue frente a la casa como una evidencia de la vida contra sí misma. Más de una vez, en el fluir de los años, estos motivos resurgirían emotivamente en su memoria: «De pronto, la imagen de ese abeto del que había perdido completamente el recuerdo se me ha aparecido con una extraordinaria nitidez»,² leemos en una nota de enero de 1972. Es por entonces cuando el conflicto que sacude interiormente su existencia («la vida no es sino una constante crisis religiosa, superficial en los creyentes, perturbadora en los que dudan») parece alcanzar su punto culminante. Es en esa villa encaramada donde Cioran escribe *Lágrimas y santos*, sumergiéndose durante un año entero en la lectura de los místicos, en las vidas de los santos, y en Shakespeare. El acercamiento de Cioran a la mística se halla directamente vinculado a sus crisis de insomnio, a las más íntimas revelaciones de la soledad, a los insólitos estados de conciencia que por aquellos años le será dado conocer:

«Durante ese periodo de tensión interior realicé en varias ocasiones la experiencia del éxtasis. En todo caso, viví instantes en los que uno es conducido fuera de las apariencias. Un estremecimiento repentino te acomete sin ninguna preparación. El ser se ve de pronto inmerso en una plenitud extraordinaria, o más bien en un vacío triunfal. Fue ésta una experiencia capital, la revelación directa de la inanidad de todo. Estas pocas iluminaciones me abrieron al conocimiento de la felicidad suprema de la que ha-

2. Cioran. *Cahiers, 1957-1972*. Gallimard, París, 1997, p. 968.

blan los místicos. Fuera de esta felicidad, a la que no somos sino excepcional y brevemente convidados, nada tiene una verdadera existencia, vivimos en el reino de las sombras».³

Tras alguna que otra peripecia, el libro saldría a la luz en noviembre de 1937, coincidiendo con la partida de Cioran a París. Poco antes de su aparición, recibe una llamada de Bucarest. Su editor, que en un principio había aceptado publicar la obra, acababa de ser advertido por el tipógrafo sobre el carácter aberrante de ciertos pasajes, por lo que ahora se negaba rotundamente a hacerse cargo. Poco después, hallándose Cioran en Bucarest, coincide un día en el café Corso con un conocido que había trabajado en Rusia como tipógrafo, quien, enterándose de lo sucedido, se ofrece inmediatamente a ayudarlo. *Lágrimas y santos* aparecería finalmente así con el siguiente rótulo: *editura autorului* (edición del autor). Su difusión sería más bien escasa, despertando un unánime rechazo entre los miembros de su generación. Sus amigos Mircea Eliade y Arșavir Acterian lo atacarían duramente. La obra provocaría por lo demás amargas incidencias en su círculo familiar. Cioran cuenta la anécdota en una de sus entrevistas:

«En París recibí una carta de mi madre: “No te das cuenta con cuánta tristeza he leído tu libro. Al escribirlo tendrías que haber pensado en tu padre”. Yo le contesté que era el único libro de mística que se había escrito en los Balcanes. No logré convencer a nadie, a mis padres en ningún caso. Una señora le había dicho a mi madre, que era presidenta de las Mujeres Ortodoxas de la ciudad: “Usted, cuando tiene un hijo que escribe semejantes cosas sobre Dios, no tiene autoridad para venir a darnos lecciones a nosotras”».⁴

3. Cioran. *Entretiens*. Gallimard, París, 1995, p. 218.

4. Gabriel Liiceanu. *Itinerariile unei vieții: E. M. Cioran, urmat de Apocalipsa după Cioran. Trei zile de convorbiri - 1990*. Humanitas, Bucarest,

La sola excepción a este respecto sería su amiga Jeni Acterian, hermana menor de Arşavir, quien pocos meses después le escribía a París para expresarle su entusiasmo: «Al fin he logrado escribirle a E. C. No sé por qué, pero me hubiera dolido no haberle escrito para comunicarle cuánto me ha gustado su libro. Hubiera tenido la impresión de solidarizarme con todos aquellos que lo escupen desde arriba»,⁵ apunta en su diario el 29 de marzo de 1938. Cioran le responde emocionado, con fecha de 28 de marzo: «Justamente me disponía a partir durante un mes al sur de Francia, sin pasármeme por la cabeza que un signo de vida pudiera aliviar mis fatigados sueños, ¡cuando en eso recibo tu carta de una tan delicada atención, de una profundidad humana tan conmovedora! Sería un mentiroso y un estúpido si te ocultase la alegría que me han provocado tus apreciaciones, tanto más cuanto que las noticias de nuestro país me revelaban la sombría necedad que envuelven los comentarios de este libro».⁶

Cioran jamás olvidaría el gesto de su amiga, refiriéndose a ella constantemente a lo largo de sus entrevistas, en sus anotaciones, así como en su correspondencia.⁷ El nombre de Jeni Acterian, uno de los espíritus más sensibles de su generación, quedaría así definitivamente ligado a las circunstancias que rodearon la aparición de *Lacrimi și Sfinți*,

1995, p. 113.

5. *Pro și contra Emil Cioran. Între idolatrie și panflet*. Humanitas, Bucarest, 1998, p. 121.

6. Cioran. *Scrisori către cei de-acasă*. Humanitas, Bucarest, 1995, p. 233.

7. A Arşavir Acterian le escribe el 5 de octubre de 1971: «En lo que se refiere a *Lágrimas y santos*, Jenny fue más indulgente que tú. Tengo que tener guardada en algún sitio una carta suya, que recibí en París, en la que me decía que era el libro más triste, el más desesperado que se hubiera escrito nunca. Fue la única que lo defendió, porque supo ver el drama que había detrás de la vitrina de impertinencias y provocaciones». *Scrisori către cei de-acasă*, p. 203.

Christian Santacroce

constituyendo las bellas páginas de su diario uno de los documentos más profundamente esclarecedores en cuanto a la paradójica religiosidad de Cioran.

CHRISTIAN SANTACROCE

LÁGRIMAS Y SANTOS

I

He intentado comprender de dónde provienen las lágrimas y me he detenido en los santos. ¿Serán ellos responsables de su fulgor amargo? ¿Quién podría saberlo? Parece, sin embargo, que las lágrimas son sus *huellas*. No por los santos entraron ellas al mundo; mas sin ellos no sabríamos que lloramos por la pérdida del paraíso. Querría ver una sola lágrima tragada por la tierra... Todas apuntan al cielo por vías para nosotros desconocidas. Sólo el dolor precede a las lágrimas. Los santos no han hecho más que rehabilitarlas. Es imposible acercarse a los santos mediante el conocimiento. Sólo cuando despertamos las lágrimas dormidas en lo más profundo de nosotros mismos y *conocemos* mediante ellas, comprendemos cómo alguien, habiendo sido hombre, puede ya no serlo.

La santidad en sí no es lo interesante, sino sólo las *vidas* de los santos; el proceso por el cual un hombre renuncia a sí mismo y emprende el camino de la santidad... ¿Y el proceso por el que alguien deviene hagiógrafo? Seguir las huellas de los santos... humedecer tus plantas con sus lágrimas...

ÿalâl al-Dîn Rûmî: «La voz del violín es el ruido que hace la puerta del paraíso al abrirse».

¿Con qué podría compararse entonces un suspiro de ángel?

¿Qué le responderíamos a la ciega que se lamenta en el poe-

ma de Rilke?: «Ya no puedo vivir así, con el cielo sobre mí». ¿Acaso la consolaríamos si le dijésemos que no podemos ya vivir con la tierra bajo nuestros pies?

Muchos santos —y santas, sobre todo— confesaron el deseo de reposar su frente sobre el corazón de Jesús. A todos se les concedió. Entiendo ahora por qué el corazón del Redentor no ha cesado de latir en estos dos mil años. ¡Señor, has nutrido tu corazón con la sangre de los santos, cubriéndolo con el sudor de sus frentes!

El mundo se crea en el delirio, pues todo, fuera de él, es ilusión.

... Y entonces cómo no sentirse próximo a santa Teresa, quien, un día, tras habersele revelado Jesús como prometido, dándole un anillo de amatista como símbolo de su unión divina, corre al patio del monasterio y comienza a bailar presa de un raptó único, golpeando el tambor para invitar a sus hermanas a la alegría y al frenesí. En esos momentos tomaron brío esos versos etéreos y ardientes como el equívoco divino del éxtasis:

*Vivo sin vivir en mí
Porque tal vida espero
Que muero porque no muero...*⁸

A la edad de 6 años lee las vidas de los mártires y su corazón encuentra una única respuesta en este grito repetido: «Eternidad, eternidad». Es entonces cuando decide ir a tierra de moros a convertirlos, arriesgando en cualquier caso su vida. Su deseo no pudo cumplirse: su exaltación sin embargo creció y ni siquiera hoy se ha extinguido el fuego de su alma, desde el momento en que vivía de Su calor.

8. En castellano en el original.

Por el beso culpable de una santa aceptaría la peste como una bendición. ¿Qué Teresa o Catalina me abrazarían con el cielo entero?

«Si una sola gota de lo que siento —dice en uno de sus éxtasis santa Catalina de Génova—, cayera en el infierno, en el acto lo transformaría en vida eterna».

... Y mi alma que con fervor espera esa gota, a la que no haría falta cambiar su objetivo...

¿Llegaré algún día a ser tan puro que no pueda reflejarme sino en las lágrimas de los santos?

Es curioso que hayan podido existir tantos santos al mismo tiempo. Intento representarme un encuentro entre ellos, y no me ayudan ni el fervor ni la imaginación. ¡Santa Teresa, a la edad de 52 años, célebre y admirada, encontrándose en Medina del Campo con un san Juan de la Cruz de 25, anónimo y apasionado! La mística española es un momento divino en la historia de la humanidad.

¿Quién podría escribir el diálogo de los santos? Un Shakespeare de corazón virginal o un Dostoievski exiliado en una Siberia celestial. Toda mi vida erraré en torno a los santos... Tal vez nadie haya hecho de la música y la danza una vía hacia Dios como Ýalál al-Dīn Rūmī, ese santo canonizado hace ya mucho tiempo por sus admiradores. Su encuentro con Shams al-Dīn, sabio fantástico, peregrino anónimo, tan insólito y original como inculto, posee un extraño encanto. Tras conocerse, se encerraron tres meses en la casa de Ýalál al-Dīn, en Konia, en cuyo tiempo no la abandonaron ni un momento. Una certeza irresistible me lleva a creer que allí se dijo *todo*. En aquel tiempo, los hombres cultivaban los misterios. Podías dirigirte cuando quisieras a un Dios que

enterraba tus suspiros en su nada. Nuestro desconsuelo es no tener ya a quién dirigirnos. Hemos llegado a confesar nuestra soledad de mortales. Este mundo tuvo que haber estado una vez *en* Dios. La historia se divide en dos partes: aquella en la que los hombres se sentían atraídos por la nada vibrante de la divinidad y hoy, cuando el vacío del mundo se halla desposeído del soplo divino.

La música me ha dado una audacia demasiado grande frente a Dios. Es esto lo que me aleja de los místicos orientales...

En el juicio final sólo las lágrimas pesarán.

El corazón de Jesús ha sido la almohada de los cristianos. ¡Ah, cómo entiendo a esos místicos que deseaban dormir sobre él!... ¡Pero las dudas no pueden conducirme más allá de la sombra de su corazón! Las sombras celestiales son mi único refugio.

Nadie puede entender la santidad si no ha comprendido, mucho tiempo ha, que el símbolo del corazón es para ella el equivalente del mundo. *El corazón como universo* —sus extensiones cual dimensiones cósmicas— es el sentido más profundo de la santidad. *Todo acontece* en el corazón, he aquí lo que significan mística y santidad. Sólo que no debemos pensar en el corazón de los hombres, sino en el de los santos.

La santidad es una fisiología transfigurada; tal vez incluso más: una fisiología divina. Todo lo que es *función* apunta al cielo... Una de las obsesiones constantes de la santidad es la sangre. Su importancia no deriva sólo de la visión cósmica del corazón, sino también de la lucha permanente que los santos ejercen contra ella. Pues si la santidad es un triunfo sobre la sangre, no por ello se alza ésta a un plano menos elevado una vez que ha sido despojada de sus vínculos te-

restres. La sangre purificada de Jesús es el baño y la bebida de los santos. Cobran así un sentido profundo las últimas palabras de Catalina de Siena: «¡Oh, sangre, sangre!». Ella misma hablaba de los *méritos* de la sangre del Redentor.

La diferencia entre místicos y santos. Los primeros se limitan a la visión interior; los últimos la realizan prácticamente. La santidad extrae de la mística sus consecuencias, en especial las éticas. Un santo es un místico; un místico puede no ser un santo. La caridad no es necesariamente un atributo de la mística; sin ella, en cambio, no podemos concebir la santidad. La mística y la ética, transpuestas a un plano suprahumano, dan nacimiento al turbador fenómeno de la santidad. Los místicos se complacen en una sensualidad celestial, en las voluptuosidades que acompañan su relación con los cielos; sólo los santos asumen la *carga* de los otros, los sufrimientos ajenos, y sólo ellos intervienen prácticamente. Frente al místico puro, el santo es un hombre político. Al lado de éste, es el más activo de los hombres. Que con todo, las agitadas vidas de los santos no son propiamente *biografías* lo explica el hecho de que su actividad se despliega en una única línea; variaciones sobre un mismo motivo, pasión absoluta en una única dimensión.

«Místico es aquel que habla de tu misterio mientras tú callas». (No sé quien fue el gran oriental que dio esta definición).

En ninguna otra santa el culto al corazón de Jesús determinó una visión más arrebatadora que en la experiencia de Marguerite Alacoque. Después de que Jesús se le apareciera, expresándole la expansión de su corazón, la irresistible fuerza de sus llamas devorantes y el deseo de salvarla de la ruina mediante una avalancha de gracias, la santa agrega:

«Él me pidió el corazón, que le rogué tomase, y así lo hizo, poniéndolo dentro del suyo, en donde lo veía arder cual un pequeño átomo consumiéndose en ese horno abrasador; de donde luego lo extrajo como una llama ardiente en forma de corazón, volviéndolo a poner en el sitio de donde lo había tomado».

He aquí adonde conducen las *consecuencias* últimas del corazón: al corazón de Jesús.

El cielo es el único límite para el delirio del corazón. ¿Por qué los santos no tienen más *límite* que el cielo? Porque la santidad es otro nombre para ese delirio.

Los ojos no ven nada. Por eso bien entiendo a Catalina Emmerich cuando nos dice que ella *ve por el corazón*. Esta es la visión de los santos. Así pues, ¿cómo no verían ellos más que nosotros, que registramos el horizonte en la percepción? El ojo tiene un campo reducido; ve siempre desde afuera. Mas siendo el mundo interior al corazón, la introspección es el único proceso de conocimiento. ¿El campo visual del corazón? El mundo, más Dios, más la nada. Es decir, *todo*. El ojo puede *crecer*; en el corazón todo es *grande*. Y entiendo también a Matilde de Magdeburgo, lamentándose de que ni la belleza del mundo ni los santos pueden consolarla, sino sólo Jesús, sólo su Corazón. Ni los místicos ni los santos necesitan ojos; ellos no miran hacia el mundo. Por eso el corazón es su órgano visual...

La frecuentación de los santos desexualiza tanto como la música o las bibliotecas. Los instintos comienzan a servir a otro mundo. En la medida en que nos resistimos a la santidad, damos prueba de la «salud» de éstos. La dirección natural de los instintos se identifica con la horizontalidad de la vida.

El imperio de los cielos se extiende en los vacíos de la vi-

talidad. La neutralidad biológica o la nulidad vital son los objetivos del imperialismo celestial.

Cuando la vida pierde su dirección natural, busca otra. Así se explica por qué el azul del cielo ha sido durante tanto tiempo el *lugar* del único extravío legítimo...

¿Por qué la música nos sorberá la sangre? Esos tonos, en los que participamos con todas las vibraciones del alma, desaparecen en el vacío junto con la energía de nuestra participación. Y hay aún más: el hombre no puede vivir sin un apoyo en el *espacio*, apoyo que la música suprime completamente. El único arte de la consolación es también el que más heridas nos abre.

Entenderíamos la música plenamente si nos despojáramos de las resistencias e intervenciones de la carne. Por eso es ella la vía sonora de la ascesis. ¿Se puede amar después de Bach? Ni siquiera después de Händel, cuya desterrrenalización no es un perfume celestial. La música es una tumba de delicias, una beatitud que nos sepulta.

También la santidad nos sorbe la sangre, la cual perdemos en proporción de nuestra aspiración al cielo. Sus vías fueron recorridas por todos los extravíos de nuestros instintos. De tales extravíos nació el cielo...

Ûalâl al-Dîn Rûmî habla de los cinco sentidos del corazón. He aquí toda la gnoseología de la mística. ¿El *éxtasis* como suprema expresión del conocimiento místico? Todos los sentidos fundidos en una llama.

¡Señor, sin ti estoy loco y contigo enloquezco!

¿Por qué serán *fríos* los ángeles? ¿Porque no tienen sexo? Tal vez. Pero también porque viven *más allá* del sol. De ahí que tampoco los santos tengan la *sangre caliente*. No es la sangre, sino el dolor lo que afervora sus corazones. Pues el dolor nos dispensa del sol.